

Una de las figuras más interesantes de la vida política española es el obispo Antonio Acuña. Es una de esas figuras que sobrepasa con creces su estado personal, para pasar a la leyenda. Es uno de esos personajes de la Iglesia que toman las armas para defender unas creencias, no solamente religiosas, sino, principalmente en este caso, políticas. En este sentido destaca de una forma muy especial.

Estamos en tiempos del rey Carlos I, cuando regresa a España para actuar como rey ya que su madre, Juana “La Loca”, no se encontraba en condiciones de llevar adecuadamente los destinos de la nación. Llega a España con una corte de flamencos que se hacen dueños de todo el gobierno y la administración del Estado. Semejante actitud choca con los intereses de los españoles, tanto de la clase alta como de los burgueses y clases más bajas. Se hace cargo del Imperio Germánico, para lo que necesita una enorme cantidad de dinero que deben aprobar las Cortes castellanas. Las de Aragón no intervienen para nada en la financiación de este capricho de Carlos I, joven de 20 años, que no sabe hablar español y está ansioso por alcanzar las cumbres del Imperio, que hereda de su abuelo Maximiliano.



El descontento es general en la sociedad castellana. Nadie quiere que el rey se desentienda de los asuntos de su reino y los deje en manos de una serie de advenedizos que manejan los asuntos castellanos con la consiguiente humillación de la nobleza nacional.

El pueblo llano y menos llano se levanta en armas mediante la constitución de lo que vino en llamarse Las Comunidades, a cuyo frente se puso inmediatamente Toledo, seguida de las demás: Ávila, Segovia, Valladolid, Toro, Zamora, Salamanca, León, Palencia, alguna de Andalucía. Burgos comienza unida a estas otras, pero inmediatamente se pone al lado de los realistas.

Pronto destacan una serie de personajes: Pedro Girón, perteneciente a la nobleza, el cual se pone al frente de la revuelta comunera; Lasso de la Vega, Juan

Padilla (hijo de Pedro López de Padilla, un hidalgo de Novés), Juan Bravo, hijo de nobles segovianos, y Francisco Maldonado. A estos hay añadir a Antonio Acuña, obispo de Zamora, que se une enseguida a la causa comunera.

Este obispo nace en Valladolid en 1459, donde realiza estudios y se ordena sacerdote, ingresando de corta edad en la Orden de Calatrava. Mediante la influencia de un pariente, marcha a Roma, donde ejerce las funciones de consejero del Papa. Pero su espíritu inquieto le hace crear una serie de conflictos

que hacen que sea excomulgado. De regreso a Castilla se crea la confianza de los Reyes Católicos, pues ven en él un hombre inteligente, nombrándole su capellán. Pero su actitud acaparadora y ansiosa de obtener ingentes beneficios hace que consiga una enorme fortuna. Cuando se le nombra obispo de Zamora hace lo imposible por recuperar por la fuerza distintas propiedades que consideraba de su obispado. Pero no solamente consigue esto, sino que además consigue crearse un pequeño ejército, al que paga mediante la imposición de cánones que deberían abonar las diferentes ciudades del obispado. Se trata de frenar sus desmanes. Se envía al Alcalde Ronquillo para

dominar sus impulsos, pero no sirve de nada, ya que detiene al alcalde y lo encarcela. Acuña no se amilana ante nada.

Tras la muerte de los Reyes Católicos y la llegada de su nieto Carlos se inicia el movimiento comunero, al que Acuña se une de inmediato, adquiriendo un protagonismo lógico, ya que su prestigio era enorme. El ejército primitivo de Acuña estaba compuesto por un batallón de unos 300 sacerdotes de la diócesis de Zamora, lo que daba un aspecto un tanto chocante, pero que indicaba el poder de este obispo y lo variado de la oposición a los extranjeros y a su dominio de la política castellana. No en balde el regente dejado por Carlos era el cardenal Adriano de Utrech, extranjero que nada conocía del carácter y modo de ser de los castellanos. Este batallón fue el encargado de defender Tordesillas, donde se encontraba la reina